

Medellín, 30 de septiembre de 2020

Doctor
Luis Fernando Suárez Vélez
Gobernador Encargado de Antioquia

20340003-0062-2020

Señora
Marcela Isabel Trujillo Quintero
Directora del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia

Buenas tardes,

Hoy, y en compañía de nuestro rector, el profesor John Jairo Arboleda Céspedes, nuestro Vicerrector de Extensión, el profesor David Hernández García, y todas las personas que nos acompañan, celebramos la entrega del *Decreto Especial de Reconocimiento*, con motivo de los cincuenta años de haber recibido el nombre de Museo Universitario, y de habernos ratificado así en la casa mágica de inspiración donde convergen de la manera más armónica los ejes misionales de nuestra institución: docencia, investigación y extensión.

El Museo Universitario es una casa, pero no es una cualquiera, en ella habita el universo. Viven también Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania; siete diosas hipnotizadoras que acompañan las creaciones de artistas de todo orden, les susurran a sus oídos y, al parecer, cantan a través de sus acciones. Hijas de Mnemosine, la memoria misma, y de Zeus, padre de la humanidad, acompañan en una danza perenne a Apolo: dios Sol, dios del arte, la armonía, la belleza, la perfección y la razón. Incluso, dios de la muerte súbita: el premio final del justo. Sin embargo, esta casa no es solo griega, en otras geografías y en distintos tiempos creció en medio de diferentes fuentes nutricias, con otros nombres y otros dioses tras sus visillos.

En esta casa se abren ventanas por doquier a mundos tanto extraños como fascinantes. Habitan, además de las siete musas que le dan el nombre a este hogar, espíritus y seres de antes y del mañana, objetos que palpitan mirándonos con sus oídos, y tocándonos con su aliento, que han sido testigos de las claves del mundo conocido: el duelo amoroso entre movimiento y lentitud. Es también una casa con infinitas puertas, cualquier visión es una de ellas. Al ingresar se puede salir por cualquier otra y, de repente, aparecer en Figueres o Bikaner, después de pasear sobre la tumba de Salvador Dalí, o alimentar las ratas benditas de Kirni Mata. Es una casa caleidoscópica y eterna, está conectada con millares afines por todo el orbe. Cada cuadro colgado en la pared es una de esas salidas o entradas a otros mundos, que, a lo mejor, de atrevernos a traspasar, nos dejan justo en el centro de una recámara mortuoria faraónica; navegando el impetuoso Amazonas al lado de hermanos tikunas o, por qué no, en el vórtice mismo de una batalla de las Guerras Médicas.

Quienes amamos este tipo de casas que llamamos museos, amamos todo cuanto la humanidad es, a pesar incluso de ella misma. También, claro está, amamos la naturaleza que ha permitido a las gentes de todos los rincones, donde estas casas están, existir con alegría y bienestar. Hay, por qué negarlo, quienes han condenado esta casa al ostracismo, la han querido quemar y expulsar de sus ciudades, al punto que ellos también están ahora, colgados en sus muros o en un nicho sosteniendo su odio. Los futuristas, por ejemplo, nunca entenderán el estar ahora mismo bajo el cuidado amoroso de un conservador de museo.

Hace algunos días recibí una pregunta sobre el porqué de estas casas, para qué sirven los museos, qué relevancia tienen para una sociedad. No fue la primera vez que me lo consultaron, incluso, muchas veces esas preguntas aparecen mientras caminamos o simplemente moramos donde habita el infinito, otro tiempo y la nada en su totalidad. La respuesta es simple: esta es la casa donde el tiempo y el espacio se juntan, como lo ha advertido Orhan Pamuk, para que sus gentes se encuentren y se sepan, se reconozcan y tengan la certeza de ser. La memoria del espíritu de una sociedad se entrelaza con sus creaciones y su naturaleza. El museo es así, la casa del universo.

Ahora se entiende por qué somos tantos los que estamos aquí hoy, solo somos circunstanciales en la eterna complejidad que encierra un museo como el Museo Universitario de nuestra Alma Mater, porque los museos no se fundan, los museos se siembran.

Este museo, el que hoy tenemos, le ha sido posible a nuestra Universidad porque alguien o algo en un momento lo sembró –permítanme pensarlo así; me responde cosas que no he podido entender aún–. Quizá no fue solo un personaje, a lo mejor fue una multitud, o por qué no, comenzó cuando una de las piezas que se contienen en él, justo en la colección de Ciencias Naturales, por ejemplo, cayó a la tierra después de cruzar el universo. Sí, ese meteorito, el más antiguo en penetrar la atmósfera del planeta azul, que colisionó en alguna parte de la geografía de esta América equinoccial, ese pedazo de roca estelar, pesada como el temor, y con los visos preciosos del metal que está en el cuarto piso de nuestro edificio, debió haber sido la partícula que nos dio origen, y de ser así, eso fue hace más o menos unos 13.787 millones de años atrás. O esa punta de lanza tallada en la piedra, asestada al vacío, clavada en el suelo por el poblador amerindio que doce mil años atrás procuraba su caza, tal vez esa, sea otra sombra de la siembra. El caso es que, cada uno de los miles de elementos que se encuentran en esta casa reunidos, son una casa en sí mismos, representan un museo para todos, un infinito de sentidos que permite leernos en la memoria de su constitución colectiva.

Pero este ente, este espacio existente, puede explicarse tan solo con la organización que le ha permitido cursar una historia; es decir, se expone desde la concepción misma de la reunión y del acontecimiento tras un acta de fundación o de algún tipo de mojón que le permita contarse, incluso al margen de su siembra que, claro está, ya había sido lograda con el origen

del tiempo. Es en 1878 el año donde se puede rastrear el conato. La Ley 71, del estado Soberano de Antioquia, que da sustento jurídico a la Universidad, también conmina la creación de una biblioteca y de un museo de carácter público que, bajo el amparo del Alma Máter, permita a los ciudadanos de esta tierra conocerse, saberse, aprenderse y contarse.

Entre ese momento y ahora han pasado muchas cosas; el Centro de Ciencias Naturales, en su ejercicio científico, de taxonomía académica, comienza a coleccionar especímenes de distintas órdenes. Por su parte, la ciencia moderna de la etnografía y de la arqueología se abren camino como un frente de conocimiento e investigación, vital para la vida del claustro, y también emprenden su colección. Por otro lado, las artes se ven necesarias y complementan una tríada maravillosa que llama al último componente, la historia, que fue la última gran colección y que ahora se perfila para habitar la Casa 1803, donde otrora los bachilleres estudiaron en horario nocturno.

Estos trabajos, fortalecidos hacia mediados del siglo pasado, van a seguir caminos distintos hasta encontrarse definitivamente en el año 1970, e integrar, a partir de ese entonces, en el nuevo campus académico en el sector del Chagualo, de esta ciudad de Medellín, lo que hoy se conoce como Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, bajo la sigla de MUUA (siendo esta la primera construcción en el país erigida para albergar una institución museal). Una casa que, siendo museo, no pudo haber sido creada de la nada como ya vimos, tan solo fue trasplantada, retomada y cuidada con el esmero y la inquietud científica que hoy nos hace sorprender con todo el enorme acervo patrimonial que en ella florece.

Precisamente, el 14 de septiembre de 1970, se proclama el Acuerdo N. 3 por el cual el Consejo Superior de la Universidad de Antioquia, emitió la “creación” del museo, a partir de la fusión de los Museos de Ciencias Naturales (formalizado en 1942) y el de Antropología, (formalizado en 1943). En esta misma ordenanza, se reconoce una tercera línea de trabajo: la Colección de Artes. Bajo la dirección del doctor Luis Fernando Vélez Vélez, esta casa de musas, sembrada con el estallido del *Big bang*, llega, de manera paradójica a sus 50 años de vida. Aunque, si pensamos que ya el papel habla que en 1878 el museo había sido avistado, entonces el tema de los años es tan relativo, como la misma posibilidad de las piezas que encierra, e inclusive los nombres, pues será injusto citar sólo uno de ellos, cuando un millar de personas han hecho posible que esta casa cuide, colecciona, proyecte e investigue activamente un patrimonio que la hace única. En tanto, este museo, que son miles de museos al tiempo, toda vez que como siembra se conecta bajo tierra con todos los demás, allende el mar y las montañas, es realmente un milagro. Aquí, reunidos, tras las paredes del misterio se dan la mano el *logos* y el *mythos*, la paridad que hace del universo nuestro más inseguro refugio.

Ahora bien, la ficción es la manera como conocemos el mundo que nos tocó por suerte. La ciencia hace lo suyo tratando de develar la incertidumbre, mientras que el arte nos permite imaginar mundos posibles y la filosofía, por su parte, fija los bordes de la responsabilidad ética de esos mundos al abrirse al cielo. Aquí, en este mismo espacio, el museo es el vértice donde convergen las distintas fuerzas de la vida del claustro, de nuestra Alma Máter, y esto

es sabido desde hace ya más de cien años atrás, cuando en esa ordenanza se previsualiza lo que hoy conmemoramos como un invento eterno de tan solo cincuenta años. El museo que es vivido y sentido por su gente, cientos de estudiantes que combinan sus esfuerzos académicos con la vocación más noble de todas: el servicio a la comunidad. ¿Qué fuera de esta casa sin ellos, sin los jóvenes que la animan?

La voz que ahora me da voz y me permite estar mientras cumplo con obligaciones ineludibles previamente adquiridas es la de Daniela Borja Gutiérrez, a ella la acompañan Isabella Reyez Losada y Andrés Camilo Cano Tangarife, tres representantes de esta multitud amorosa que hoy viene a decir gracias en nombre de la perentoria presencia de la casa del universo, en esta sociedad que nos ha permitido ser y estar. Sin duda este es el gran secreto de esta institución bicentenaria, su gente, personas que ya no bajo el amparo de Apolo, sino quizá de Bachué: son tierra y, en consecuencia, aman sus raíces.

Ahora, y bajo la calamidad del tiempo presente queremos reiterar nuestro espíritu de servicio, de proyección de ese triángulo único de la extensión, la docencia y la investigación, que nos permite asistir el responsable ejercicio de brindar escenarios de libertad y bienestar para toda nuestra sociedad. Queremos proyectarnos y esparcir las semillas de esta casa por todo el territorio, para lo que, señor gobernador, señora directora, les recomendamos tenernos presentes. Ya hay una idea sobre la mesa del consejo del ICPA, sobre el deber de seguir visionando escenarios donde la cultura haga lo propio. Así es, que hemos querido propiciar un nuevo encuentro, esta vez en el Urabá, donde todo está dado para trasplantar nuestra esencia y disponer nuestra riqueza, para que un centro cultural de magnitudes museales pueda emerger allí.

Proponernos nutrir con este sueño que tantos han alimentado, entre ellos el emérito doctor Manuel Uribe Ángel y sus amigos, para seguir adelante con el concurso maravilloso de la unión de la Universidad, el Estado y la Empresa para que nuestra sociedad siga siendo luz y faro de la Nación Colombiana. Larga vida al Museo Universitario de la Universidad de Antioquia y a todos los que de alguna manera han regado sus raíces con su amor.

Cordialmente,



Oscar Roldán-Alzate
Director Museo Universitario
Jefe (E) Departamento de Extensión Cultural